

INFORME

LEÍDO POR EL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARIJO

EN LA SESIÓN DEL 4 DE MARZO DE 1902
SOBRE UN ARTÍCULO DE MR. BENOIST PUBLICADO EN LA «REVUE DES
DEUX MONDES» CON EL TÍTULO «LA EUROPA SIN AUSTRIA»

La Europa sin Austria: así titula Mr. Benoist un artículo que publica en la *Revista de Ambos Mundos*¹.

Comienza criticando á los hombres que sin los elementos bastantes para propagar sus ideales los lanzan al dominio público, dando soluciones que necesitan, antes de proponerse, gran preparación. El fin que motiva su artículo es, en consecuencia, aducir los datos que, á su juicio, deben tenerse presentes para la resolución del problema que sirve de epígrafe á su trabajo.

Existe, dice, en medio de la Europa una potencia compuesta de dos Estados, el Imperio de Austria y el Reino de Hungría, que si no se mira más que por la persona del soberano, es una monarquía; pero desde el momento en que se examinan sus gobiernos y sus pueblos, el Austria-Hungría es una reunión de pueblos y razas.

Se compone, como es sabido, de cinco á seis grupos. Al

1 Del 15 Noviembre de 1899.
MEMORIAS, TOMO IX

Oeste los alemanes, al Norte y al Nordeste, y sobre todo al Sudoeste, los eslavos: en el Centro los magyares, al Sudeste los rumanos, y un grupo italiano en el litoral del Adriático. Tantas regiones como razas, tantas lenguas como historias y legislaciones.

Este Imperio no tiene más unidad que la consagrada por la pragmática sanción de 1713 (Hungría, 1725), que fué ratificado en el compromiso de 1867.

Entra después, partiendo del supuesto de que se disolviera el Austria, á examinar adonde irían las diferentes partes del Imperio.

Cuando se observa lo que ha venido pasando en Europa en estos últimos tiempos, se ve que las transformaciones se han debido principalmente al principio de las nacionalidades, á pesar de lo difíciles que son las cuestiones de raza y de nacionalidad; pero es lo cierto que, en virtud de ese principio, Napoleón III tomó la Saboya, y Guillermo I la Alsacia. Hoy los tchecos piden su independencia contra los alemanes y los eslavos; y los rumanos de Hungría, por su parte, contra los magyares.

En -virtud de este mismo principio, el Imperio alemán reclamaría toda la parte alemana de Austria: una porción de manchas étnicas, cercanas las unas, más lejos las otras, que llegarían hasta el Sur de la Hungría, cerca del bajo Danubio.

La parte alemana del Norte y del Oeste se juntaría por la Silesia prusiana, la Sajonia y la Baviera, mientras que el resto quedaba en el aire. Aunque el rombo que forma la Bohemia se interrumpe sólo en cinco puntos, por esos cinco puntos están los tchecos en comunicación con los eslavos de Silesia y los de Moravia.

Examina minuciosamente cuál sería la frontera de la

grande Alemania si se aceptara esa solución, cuyos límites vendrían á ser próximamente los del actual Austria, así con la Suiza como con la Baviera y Sajonia, teniendo, por consiguiente, que anexionarse las provincias de la alta y baja Austria, Salzburgo, la mayor parte del Tirol, Vasilberg, el Principado de Lichtenstein, casi toda la Carintia, y la mitad de la Iliria y la Bohemia alemana.

Pero como una gran potencia de estas condiciones, con territorio tan extenso, querría el acceso al mar por la parte meridional como la tiene por la septentrional, por consiguiente, para realizar este propósito y llegar á Trieste tendría que ir hasta Goritz, que es italiano, ó á Küstenlan, que es eslavo.

Con lo que se demostraría que la política de las nacionalidades se respeta en cuanto sirve y se viola en cuanto molesta.

Siguiendo estos mismos principios, la Rusia tendría por la misma ley las provincias eslavas: la Galicia, Ruthenes y Polacos; por apéndice, la parte polaca de la Silesia austríaca, la Moravia y la parte tcheque de Bohemia, Cerinola y el Küstenland; en Hungría, el país eslavo-valaco y la Croacia Eslavona.

En virtud de este principio de las nacionalidades, la Rumania desbordaría por cima de las montañas sobre la Transilvania y la Bukovina, y entre estos tres Estados, Alemania engrandecida, Rusia eslava, y una gran Rumania, una pequeña Hungría de ocho á diez millones de habitantes que viviría como pudiese.

Italia, por su parte, se aumentaría desde Istría á la punta de Pola y las laderas del Tirol, mientras que las demás potencias verían con los brazos cruzados todas estas reformas, cuidando de no hacer reclamaciones, que podrían dar lugar á la aplicación del mismo principio en contra de ellas.

II

El segundo capítulo lo dedica á lo que ganaría Alemania apropiándose toda la parte del Austria alemana, de la cual forma un Estado que comprende 113.533 kilóm. y 8.800 000 habitantes. »

Examina después la configuración del país y sus productos, sacando como consecuencia que la parte que se devolvería á la grande Alemania, por el principio de las nacionalidades, sería lo mejor de Austria.

III

En el capítulo III hacer ver que, después de Sadowa, todo lo que la Prusia pidió al Austria fueron 20.000 kilómetros de territorio y 2.500.000 almas, á las cuales renunció Bismarck, no por sentimentalismo, sino por una razón política.

A este propósito cita varios párrafos del mismo Bismarck, y el más significativo dice: «Nada podríamos hacer del Austria alemana, ya la anexionáramos entera ó parcialmente; no podríamos reforzar el Estado prusiano por la adquisición de provincias como la Silesia austriaca, ó con parcelas de Bohemia; una fusión del Austria alemana con Prusia es irrealizable: Viena no se dejaría gobernar como una dependencia de Berlín.

«Fusión irrealizable, dice el autor, porque falta la unidad nacional, dado el largo tiempo que llevan de estar juntos y sin historia común, pero con historias paralelas. En ese mosaico las teselas tienen fecha, las menos antiguas, como la Silesia, la Moravia y Bohemia, de 1526; otras, como el Tirol, de 1356, ó Carintia, junto con Salzburgo, de 1336;

otras, como la Estiria, de 1192, ó como la alta Austria, de 1356, y el corazón de la monarquía, la antigua Marca de Austria, por las cercanías del 1000.

»¿Cómo con una costumbre de tantos siglos y aun sin creer todo lo que se ha escrito de las dos naturalezas, las dos almas alemanas del Norte y del Sur, ésta dulce y pensativa, y la otra belicosa y áspera, que son estas cualidades tan diferentes, se podría llegar á una germanización y á una prusificación de la parte alemana del Austria con facilidad y seguridad?

«Bien lo comprendió así Bismarck, y por eso dijo: «Debíamos considerar el Estado austríaco como una pieza de ajedrez europeo.»

Pero vio, dice el autor, no sólo que no estaba en el interés de Alemania el absorber la parte alemana del Austria, sino que por el contrario, que la alianza entre la Prusia y el Austria ejercería una presión, hasta cierto punto concéntrica, sobre Baviera y Sajonia. Aparte que agregar ocho ó nueve millones de alemanes católicos era romper el equilibrio religioso en Alemania. Conocía demasiado que lo que únicamente aprovecha en la absorción de las naciones es lo que puede asimilarse.

IV

El capítulo IV lo dedica á demostrar que no convendría tampoco la absorción del Austria por la Alemania, ni siquiera á las naciones copartícipes en la aplicación de la ley de las nacionalidades.

La Italia, dice, recibiría todo lo más el Trentino y las laderas de los valles del Tirol; pues Goritz sería considerado por Alemania como el camino para Trieste. Con lo cual

quedaría una parte de la tierra irredenta completamente perdida para Italia. Sería curioso, dice, ver llegar la triple alianza, por el interés de una de las potencias aliadas, á la destrucción de una y á la espoliación de la tercera.

Aunque agrandada por el Oeste la Rusia, se encontraría fatalmente vuelta hacia el Asia; pues por más que obtuviera una larga parte por las nuevas provincias eslavas del Norte, lo mismo que las del Sur, y llegase hasta el Adriático, el eslavismo de éstas es bien diferente del eslavismo polaco, diverso también del tcheco, que difiere igualmente del eslavismo eslavo, y distinto del croata y servio, y no es natural que todos estos eslavismos se fundieran suficientemente en las manos de Rusia. Y esto es tanto más natural, cuanto que las anexiones eslavas á la gran Rusia, la del Norte de Austria quedaría aislada de la segunda del Sur por una Hungría que viviría como pudiese y no tendría otro medio de hacerlo que aproximarse á Alemania y caería de su lado por necesidad.

Pero engrandecida la Rumania, acrecentaría en Europa las tendencias de una gran Alemania, que separando á la Rusia de la tendencia eslava de la península de los Balkanes, le cortaría el camino de Constantinopla, cerrándole igualmente el Oriente europeo y haciendo de este modo que fuera más bien una potencia asiática que europea.

¿Y la Europa? pregunta el autor. No habría más Europa, pues, el Continente que se llama así estaría cortado por el medio. Alemania y Rusia, y en sus extremidades algunos Estados de segundo, tercero y aun cuarto orden, Estados sin rango, que arrastrarían miserablemente su existencia precaria.

Sobre cualquiera de ellas no tendría más que echarse cualquiera de estos dos colosos para deshacerla y enterrarla

en el polvo de las naciones que habían desaparecido. Por consiguiente, si el coloso ruso mira al Oriente, caería hacia el Asia; ¿pero hacia dónde miraría el coloso alemán? ¿Hacia qué parte se inclinaría? No hay, pues, compensación para lo que no fuese Alemania ó Rusia, y, por consiguiente, sería una locura correr un peligro semejante.

•

V

Deduce Mr. Benoist, *que para que haya una Europa, es necesario que haya en esa Europa un Austria*, compuesta de cinco ó seis pueblos ó partes de pueblos sin consistencia y sin resistencia. El Austria, según el autor, es el ideal del Estado tapón, demasiado débil para inquietar, bastante fuerte para mantener; es como una garantía de la paz europea.

En la clasificación de las potencias tiene más del sistema de lo que se llamó *Marca*, que del de los grandes Estados modernos unificados y concentrados; es continuación de la Alemania, pero la atenúa por la *Marca* germánica de sus provincias del Noroeste y el Oeste, y continúa y modifica á Rusia por la *Marca* de sus provincias eslavas del Este y del Noroeste, evitando así el peligro, entonces mucho mayor que el que hoy existe en el Vístula entre Rusia y Alemania.

Como se ve, dice el autor, si el Austria no existiera, la Europa debería inventarla, y puesto que existe, la Europa debe hacer todo por conservarla.

Acaba su trabajo preguntando si la Europa está amenazada de que el Austria desaparezca, y si en efecto podrá realizarse la *crisis* que parecen esperar algunas cancillerías.

Este secreto, dice, no pertenece á nadie; pero puede ser que la *crisis* se produzca, aunque no es de creer que afecte

al principio, al menos á la forma interior de la monarquía austro-húngara, y en nada a su forma exterior, internacional y europea. Dicho de otro modo: es posible que al dualismo suceda el trialismo, que el futuro Emperador sea Rey de Bohemia, como será Rey de Hungría, que se haga coronar en Praga como en Viena y en Buda-Pesth. Puede que esta sea la solución: tal vez puede «er que surja un federalismo de más de los tres reinos indicados, y entonces sería cuando podrían venir para Europa los peligros señalados en este trabajo. Termina diciendo que toda Europa tiene que desear que esto no suceda, puesto que es preferible soportar las diferentes nacionalidades que constituyen hoy la monarquía austro-húngara, que el enorme peso que constituiría la Alemania prusiana engrandecida y compacta con el Austria alemana